



CARTA

II.

Mi querido
Basilio:

Poco has viajado; tan poco, que no conoces más pueblo que tu natal en Tabasco y esta ciudad, y de lectura estás tan raso, que no has hojeado un solo libro en que te hubieras instruído de qué no solamente aquí, sino en muchos pueblos, en la actualidad, y en todos los primitivos, se depositan y depositaron manjares en los sepulcros para que sirvieran de alimento á los muertos, de aquí tu extrañeza y tu pregunta: ¿qué origen tiene la creencia de que los muertos se alimentan de *mucbi-pollo* en Yucatán? porque, si no creen tal cosa, ¿á

qué ponérselos el día de difuntos sobre ó cerca de las tumbas?

Amigo Basilio, antes de dar repuesta a tu pregunta, permítame que te diga que en esta carta hallarás poco ó nada de mi cacumen, y con este reparo quiero descargar mi conciencia, librándome á la vez de la nota de plagiarío; así cojeré donde pueda hechos y doctrinas, teorías y couclusiones de ellas deducidas, para dejar satisfechos tus deseos.

Dicen que estas averiguaciones y otras de no menos trascendencia, se deben á una escuela que se llama positivista, que ha creado una ciencia que denominase biología, que es como si dijéramos parte de un todo, ó fuente, si quieres, de otra á que han puesto por nombre ciencia sociológica. Estas artimañas, se deben, en opinión de algunos, á Jeremias Bentham y Augusto Comte, siguiéndoles una pléyade numerosa de pensadores, entre los cuales se distinguen Stuart Mill, Lubbock, Herbert Spencer etc. etc. Perdóname la cronología al citarte lo más granado de la falange, siendo como son todos de la misma raza. Pues

dicen esos tales, que como la experiencia de dieciocho siglos les ha demostrado que ya no ha de bajar el Espíritu Santo en lenguas de fuego á iluminar á las gentes, no les ha quedado otro recurso que atenerse á la razón, pero no así solita y sin guía, porque ya se ha averiguado que esta señora cuando no hace caso de los hechos, es una patrañera de gran fuerza, si no está acompañada de las observaciones repetidas y continuas. Por esto podrás caer en mientes, que la tal ciencia positiva dice: que la prueba de que una cosa existe, es que existe, perogrullada que no les había ocurrido á los que estaban empeñados en buscar en el espacio, lo que llevaban cosido á sus faldones. Pues bien, algunos de estos impíos se han propuesto investigar el origen de todas las creencias que han fatigado, y aun fatigan á la humanidad, y entre estas, la de que los muertos comen. Y vas á ver como proceden para sacar en limpio la costumbre de estos banquetes fúnebres. Dicen que nosotros con tanto saber no podemos averiguar de una manera cierta, en algunos casos, si una

persona está realmente muerta, y se excogitan sistemas y se proponen medios para salir de la duda, y no falta quien asegure que todos son falibles. Algo de cierto debe de haber en el asunto, y la tal dificultad no debe estar al alcance de vulgares conocimientos, cuando el presente se exige, entre otras razones, para no enterrar a un vivo como muerto, el certificado de un facultativo, y no ha mucho que lei, no recuerdo donde, que la mejor manera de quedar convencido de que un muerto no nos juega la pesada broma de estar vivo, era colocarle la mano abierta, formando pantalla junto á una vela encendida, y si se notaba la transparencia que todos hemos observado, así colocada al trasluz la mano, el tal muerto era un chancero redomado. Ya verás, buen Basilio, que cuando se dan reglas y más reglas para asegurarse de la verdad de una cosa, es porque no es facilillo el asunto. Estos averiguadores, yendo del estado de nuestros conocimientos de hoy á los de ayer, caminando así á lo cangrejo para atrás, por millares de millones de generaciones, llegan hasta

el hombre primitivo, como si dijéramos recogiendo rizos, y se ponen á escudriñar qué pensaría de la muerte, aquella inteligencia embrionaria, que con el transcurso de los siglos había de producir, de evolución en evolución, los genios que hoy la estudian. Y te decía, Basilio, que retroceden millares de generaciones, porque ya sabrás que aquello de que Adán es el padre del genero humano, como lo aprendimos en el catecismo de Fleuri, ha resultado cuento de camino, según se comprueba, dicen, con unos huesecillos encontrados en algunas cavernas, y que fueron dejados por sus dueños algunos miles de años antes de que el bonachón de Adán comiera la breva de fatal recordación. Pues esos tales positivistas proceden así: enfundan su cerebro en el cerebro del hombre primitivo, y encuentran que él no sabía si la muerte era sueño ó si deveras se moría. Dicen: el salvaje se dormía, que para él tal estado no era dormirse ni morirse, y como veía que otros se quedaban dormidos sin saber si estaban dormidos ó muertos, y como soñaba mientras dormía, fuéronle *saliendo*

por todas estas cosas, y por causa de ellas, algunas ideas; y digo que le *salieron*, porque él no creaba, porque no meditaba, pues la meditación supone un gran número de ideas y el arte de compararlas, que es precisamente lo que constituye un juicio. Siguen los positivistas afirmando que el hombre primitivo padecía de ataques de catalepsia, de desmayos y no sé cuantas otras cosas más, que lo ponían en grande aprieto para saber cuando su compañero salvaje se moría de veras ó de mentiras, hasta que dió en la manía de creer que todas las muertes no eran de verdad, lo que no debe llamarte la atención, cuando al presente hay muchos, muy civilizados, que creen que resucitaremos en el Valle de Josafat; de donde resulta que no nos morimos sino temporalmente, cosa que con menos saber también creía el salvaje, que por lo visto, en eso de creer en la resurrección, ó no era muy salvaje, ó nosotros no lo somos menos. De toda esta intrincación le nació la idea de que la muerte era la ausencia de otra cosa que tenía adentro, según le constaba por los sueños, pues aquel otro

sujeto al despertar (el salvaje no el sujeto) le decía que había andado de caza persiguiendo al mastodonte, ó en lucha con el enemigo que le quería arrebatarse la presa por él con tanto trabajo obtenida, y de aquí, como se enlaza una argolla con otra, le *brotó* la idea de su duplicidad, más esto lo dejaremos para otra que te escriba, y vamos al asunto de por qué les ponen los mayas *mucbi-pollos* á los muertos.

Estábamos en que el salvaje creía que resucitaba al despertar ó al terminar la coma, que lo desposeía de las facultades que son inherentes á la vida, y como estos períodos eran breves ó largos, natural era supusiese que la muerte era un período más largo que el del sueño y el de la catalepsia.

Es muy difícil, Basilio, juzgar, como juzgó el hombre primitivo, las ideas que le nacieron de las primeras sensaciones, siendo así que la idea era en él casi casi, una sensación, sin relacionarse las unas con las otras. Estas ideas necesariamente erróneas, fueron como las primeras piedras del edificio que con el transcurso de los años fué edificando;

y te digo que necesariamente erróneas, porque no estaban aquilatadas por la experiencia, que supone cierto grado de desarrollo en la memoria, la idea de causa y la de tiempo, que como abstractas deben haber venido al salvaje después de muchos siglos. Afirman esos incrédulos positivistas, que, como antes dije, enfundan su cerebro en el cerebro del salvaje, que estuvo por mucho tiempo atenido á su propia observación, careciendo, como carecía, de una lengua que le sirviera para comunicarse con sus semejantes, y que las primitivas ideas les nacieron por igual á todos, pues fueron hijas de fenómenos idénticos en organismos parecidos; que estos fenómenos fueron las fuerzas iniciales que debían recorrer para todos los salvajes períodos semejantes, dado que la intensidad de ellas era la misma, y debían desarrollarse en el mismo medio sujetas á iguales resistencias. Claro está, le *brotaba*, no encuentro otro verbo, Basilio, una idea al salvaje como resultado de las necesidades físicas a que estaba por su organismo sometido, y por el mismo

motivo le *brotaba* idéntica idea al compañero con quien se codeaba, digo si ya por aquel tiempo andaban en dos pies, pues Lartet, Agassiz y otros notables paleontólogos, declaran, en vista de las osamentas halladas en las capas primitivas de la época cuaternaria, que la forma simia es más pronunciada, cuanto es mayor la antigüedad de las osamentas. Admitamos que tuvo el salvaje la primera idea, pero convengamos en que se quedó con ella entre pecho y espalda, sin que tuviera para comunicarla á su compañero, bípedo ó cuadrúpedo, más lenguaje que la natural y grosera pantomima que le sirvió en el primer momento para expresar el dolor producido por sus hartazgos de carne cruda ó de frutas descompuestas. Es muy probable que el bárbaro no haya podido tener sueños, sino hasta que su cerebro adquirió cierto grado de desarrollo, pues para soñar es indispensable estar en posesión de un grupo de ideas, que relacionadas las unas con las otras, nos presenten los objetos que son

motivo del sueño y las cualidades de estos objetos.

Los sueños del hombre primitivo deben haber sido simplísimas representaciones de las cosas que miraba. ¿Cómo podía soñar el salvaje que daba caza a una fiera en la época en que solamente se alimentó de frutas? Podrá ser que tuviera la idea de la fiera por haberla visto, pero la idea de darle caza, la idea de la acción, no pudo venir á su cerebro sino por un accidente: porque la fiera lo acometió alguna vez y tuvo que defenderse; pues este sueño tan simple, tan emocional para un bárbaro, no pudo hacerlo conocer á su compañero sino después de pasado muchos siglos, porque la pantomima primitiva, acompañada de sonidos guturales, apenas les servía para manifestar los retortijones de tripas provenientes de sus bárbaros hartazgos, y seguramente sin intención de hacer saber á otro que era víctima de un cólico, pues la pantomima y su grito, no eran sino sacudidas nerviosas iguales á las que soporta el más culto gentil hombre que se dá un atra-

cón de ostras descompuestas. Tan es así, que estaba incapacitado el hombre primitivo de hacerse entender, que no ha mucho tiempo los bosquimanos y los arapachos no se podían entender á obscuras, pues teniendo que completar su imperfectismo lenguaje con la pantomima, necesitaban de la luz para ver el arremangado labio con que decían risa; las contracciones del cuerpo y contraídos músculos de la cara con que decían dolor, y los estiramientos de cabellos,—entonces eran crines—y los ojos saltones con que decían, rabia, primeras tres cosas abstracto-concretas, si vale la palabra, que pudieron expresar, a retorcidas de músculos y sonidos guturales, nuestros abuelos, por más que pese á los escudos nobiliarios y á los que “en cuna de oro y de marfil rodaron.” (Este endecasílabo es casi de Rodrigo Caro.)

Pero volvamos al cuento. Tarde o temprano soñó el salvaje. ¿Qué sensación produjo en él su primer sueño? ¿Sorpresa? Para que un suceso nos sorprenda es necesario que en nuestro concepto acontezca fuera del orden

natural. Pero ¿qué sabía él de orden, idea que supone la de correlacionar varias ideas, pudiéndolas clasificar, numerarlas y distinguir las por atributos característicos? Para el hombre primitivo, aquel fenómeno era una función de su naturaleza muy semejante a la de tener hambre, y le venían los sueños al igual que le venía el apetito, tenía sensaciones en la vigilia de la misma manera que cuando estaba dormido, y su campo de observaciones no se extendía más que á conocer que cuando estaba despierto, todo entero iba y venía de un lugar á otro y cuando despertaba, tenía la seguridad de no haberse movido del lugar en que se quedara dormido; sabía, sin embargo, que había trepado a los árboles, descolgado y comido las frutas de ellos pendientes, y puede asegurarse que en su paladar sentía, en el primer momento, al volver á la vigilia, el dejo ácido ó dulce de la fruta comida en sueños, y de aquí le nació la primera idea de su dualidad. Mientras una parte de él permanecía inmóvil tendida sobre la yerba, la otra andaba en merodeos,

trepaba a los árboles, perseguía la caza y sostenía combates.

Ya veo que te impacientas, Basilio, y está temblando en tus labios esta pregunta: ¿Qué tiene que ver esta falsa creencia de la dualidad humana con los *mucbi-pollos* que los descendientes de la raza maya le ponen a los muertos para que se alimenten, el día de difuntos? Antes de contestar a tu pregunta, debo decirte que estás equivocado al creer que esa costumbre es privativa de la raza maya, pues habiendo tomado origen de un error, del cual no pudo escapar el hombre primitivo, y en el cual están aún muchísimos pueblos a pesar de su cultura indiscutible, tenía que ser general y continuar bajo otra forma, con las consiguientes evoluciones, en las sociedades modernas. Los *kukis* diariamente ponen alimentos sólidos y bebidas a los muertos; los *bados* y los *dhimals*, con menos frecuencia dan de comer a sus antepasados; los *caribes* colocan en la caverna-sepulcro agua y viandas sólidas; los *cherbos* les dan arroz y los *peruanos* guina, maíz y papas. Pero ¿porqué cansarte, Basilio, con citas

que pueden ser interminables? Los errores nacidos de una condición absolutamente general tuvieron que ser universales y trocarse en costumbres, de las que, ni pueblo ni raza alguna pudieron estar exentos, y así los vemos aparecer metamorfoseados en el sacerdote católico que predica la resurrección de los muertos, y más rudimentaria en el indígena maya que prepara su mazacote.

Ahora, Basilio, voy a calmar tu ansiedad y a contestar tu pregunta. De la idea de la doble entidad de que el salvaje se creía compuesto, idea nacida en él por causa de sus sueños y de la inseguridad en que estaba de la duración de la muerte, pues esta no fué para él en un principio sino un sueño más prolongado, y de la creencia de que toda sensación de movimiento provenía de la separación del vagabundo merodeador que, al volver, lo ponía en condiciones de sentir las necesidades a que por su organismo estaba sujeto, y, siendo el hambre la primera del salvaje, natural era que procurase que en cualquier momento en que despertase el dormido, tuviese con qué satisfacer su apetito.

to. La universalidad de la costumbre prueba que el error nació de una causa que ejerció su acción por igual en todos los hombres, y esta no pudo ser otra que el sueño, fenómeno que el hombre primitivo estaba muy lejos de poder considerar como meramente fisiológico, siendo así que al presente no tenemos del sueño una explicación que pueda satisfacer de una manera completa a todas las objeciones, pues las que se dan son hipotéticas, por más que digan, Maclovio, Luciano, y aún San Agustín, que con su santidad y todo entendió poco de sueño, como puedes leerlo, mi querido Basilio, en su "*De Civitate Dei*."

Cada pueblo dió a sus dormidos el alimento que ellos acostumbraban: arroz el chino, y *mucbi-pollos* el maya.

Cuando tomaban los hombres primitivos el alimento crudo, porque aún no habían descubierto el fuego, ni descubierto, supieron al principio utilizarlo, crudos pusieron los alimentos sobre las tumbas, asociando después la lumbre al alimento, para que al volver a la vida el resucitado, pudiese cocinar sus viandas y, asóm-

brate Basilio, después de muchas evoluciones en filiación no interrumpida, nos quedan de aquellas bárbaras costumbres, las velas que los civilizados pueblos del siglo actual colocan en el día de difuntos en las tumbas de sus deudos.

En la misma forma, o en otra, si más a mi gusto cuadra y espigando donde pueda, iré contestando a la zarta de preguntas con que te me has venido encima; entre tanto, dejemos a los muertos sus papas, arroz y *mucbi-pollos* y también sus perfumados cirios de blanquísima cera, ardiendo en artísticos candelabros de metal bruñido.

Te quiere tu amigo

ARCADIO ZENTELLA.

Campeche, Febrero 2 de 1895.



CARTA

III.

Mi querido
Basilio:

Te agradezco el cuidado y solicitud

con que atiendes á mi buena reputación. No son mis cartas, como aseguras, motivo de escándalo, ni vale aquello que de Cristo me citas «¡Ay de aquel que escandalizare!» Columna y media dicen que es lo más que puede soportar el lector más asiduo del periódico más conspicuo, y no hay aquí, ni constancia para leer, ni periódico sobresaliente. Hazte cargo Basilio, que un individuo se pasea en traje paradisiaco por entre gentes que de antemano se han tapado los ojos. ¿Crees tu que éste individuo colore de sonrosado la más pudorosa mejilla, siendo así que nadie le vé? Así, si yo con sus pelos y señales te hubiera relatado el milagro